

DOCUMENTOS

El combate contra el hambre en América Latina

Por Josué DE CASTRO

Las encuestas realizadas por los especialistas en los últimos veinte años están revelando, sin lugar a dudas, que la América Latina constituye una de las más negras y más extensas áreas de la geografía mundial del hambre, rivalizando en este aspecto con la vieja Asia y con el África expoliada y saqueada por el colonialismo europeo. De sus 200 millones de habitantes, se calcula que por lo menos 130 millones de latinoamericanos sufren las consecuencias perniciosas de una alimentación defectuosa: insuficiente, incompleta o desarmónica. Éste es el cuadro actual que nos presentan los hombres de ciencia en cuanto a la realidad social del antiguo continente de la abundancia, del Eldorado de la época de los conquistadores del siglo xvi. El cuadro de un continente famélico.

En la América Latina se sufre toda clase de hambre. Ya sean las grandes epidemias de hambre que siguen a los grandes cataclismos naturales que periódicamente asuelan al continente, ya sean las sequías del noreste brasileño, las inundaciones del Amazonas, los terremotos de la región de los Andes, etcétera, ya sean las formas endémicas, que actúan permanentemente, diezmando de manera implacable poblaciones enteras. El mal es tan intenso y tan generalizado que los higienistas y los patólogos reconocen hoy, unánimemente, que el hambre es la más generalizada y destructora de todas las enfermedades endémicas que azotan al continente. Y que representa un factor predisponente, que prepara el terreno facilitando la acción perjudicial de otras endemias, de las llamadas enfermedades de la masa, tales como la tuberculosis, la verminosis y otras parasitosis, que sólo son mortíferas cuando se encuentran en los grupos humanos sin resistencia, depauperados por el hambre. Éstas son, como la misma hambre, enfermedades de la miseria. Este *mal de hambre* se presenta bajo los más variados matices, desde el hambre global, cuantitativa, que transforma a sus víctimas en verdaderos espectros vivos, hasta las formas más discretas de las llamadas hambres ocultas, o específicas, que actúan en forma disimulada bajo los más variados disfraces. Es de estas hambres parciales, de las llamadas carencias alimenticias, de lo que más se sufre en América, presentando cada pueblo su cuadro típico de males, producto de la falta habitual, en su alimentación, de las dosis adecuadas de determinados principios alimenticios: proteínas, sales minerales, vitaminas. Así ocurre con los indios mexicanos que mueren de pelagra por falta de ciertas vitaminas, con los pobres bolivianos exhibiendo sus grotescos bocios cretínicos por falta de yodo, con los millones de latinoamericanos anémicos, sin ánimo y sin fuerzas para trabajar, con su sangre pobre y su piel amarillenta por falta de hierro con qué producir su hemoglobina, con los millones de niños muriendo como

moscas de una rara enfermedad que los especialistas designan con el extraño nombre de *kwashiorkor*, pero que en realidad es sólo una carencia de proteínas, como las de la leche o las de la carne o de los huevos, que son alimentos de lujo, prácticamente inaccesibles a las bocas hambrientas pobres.

Ésas y otras variadas enfermedades que inferiorizan, degradan y diezman a grandes masas humanas de la América Latina no son sino disfraces, más o menos complicados, del hambre. De variadas formas o tipos de hambre que se asocian en pactos macabros con otros males o enfermedades de la miseria, para destruir a los habitantes de la porción menos desarrollada de nuestro continente. Los índices de mortalidad infantil en la mayoría de los países latinoamericanos, un promedio de cinco a ocho veces más elevados que los índices de los países bien desarrollados de Europa, y la corta esperanza de vida en el continente, donde vivimos —término medio— la mitad de lo que vive un europeo o un norteamericano, son también el reflejo indudable de la acción mortífera del hambre, degradando y diezmando nuestras poblaciones. En estas tierras de increíble mortalidad, donde parece que se nace más bien para morir que para vivir, es siempre el hambre la gran cortadora de mortajas para ese innumerable ejército de muertos: los muertos de hambre.

El hambre en el "proceso circular acumulativo"

No vamos a tratar aquí en este rápido estudio, las variadas formas patológicas del hambre,¹ pero deseamos recalcar bien su importancia y participación en el cuadro nosográfico de la región donde la falta de salud constituye uno de los más graves factores de contención del progreso social. Deseamos dejar patente hasta qué punto el hambre impide el progreso de la región y su real emancipación económica, imponiéndose, como prerequisite indispensable a cualquier plan válido de desarrollo económico regional, al establecimiento de una política positiva de lucha contra el hambre en este continente.

Para que esta lucha tenga eficacia, es preciso que se conozca bien el mecanismo a través del cual el hambre se instaló y perduró hasta hoy en las tierras latinoamericanas. Sin conocer las raíces del mal y hasta qué profundidad penetran ellas en el subsuelo de nuestras instituciones político-sociales, es imposible arrancarlo de nuestro paisaje cultural. Las medidas no pasarán de paliativos. Serán como una simple tala que no evitará que el matorral renazca, cada vez

¹ A los interesados en profundizar el estudio de la materia en sus minucias biológicas y sociales, recomendamos la consulta de nuestros libros: *Geografía del hambre*, *Geopolítica del hambre* y *El libro negro del hambre*.

más tenaz, de los tallos y de las raíces clavadas en el suelo.

La verdad es que el hambre es al mismo tiempo causa y efecto del subdesarrollo y del pauperismo generalizado que éste impone. Gunnar Myrdal habla con mucho acierto de este círculo vicioso del hambre por incapacidad de producir y la no productividad condicionada por el hambre misma.

En el mismo orden de ideas, Winslow, al tratar los problemas de la salud en las regiones subdesarrolladas, muestra cómo un factor negativo, que arrastra continuamente hacia abajo los niveles de vida, origina lo que se puede llamar un *proceso circular acumulativo*. A fin de aclarar, en esta confusión de los complejos sociales del subdesarrollo, la verdadera posición del factor *hambre*, intentaremos mostrar cuáles son las causas principales y los principales efectos de este fenómeno en los cuadros de la vida latinoamericana. Causas y efectos que se superponen de manera desconcertante en el círculo vicioso del pauperismo generalizado.

¿Puede justificarse el hambre en la América Latina en función de condiciones naturales desfavorables de nuestro continente? De ninguna manera. El hambre en América, como en otras regiones del mundo —como en África y en Asia—, es mucho más un producto de factores culturales que de causas naturales. Es mucho más la consecuencia de distorsiones económicas y de injusticias sociales provocadas por el hombre, que de limitaciones impuestas por la naturaleza. El hambre en América es un producto de fabricación humana, un subproducto de los procesos inhumanos de explotación económica que fueron puestos en práctica en esta parte del mundo.

Lo que trata de ocultarse

Queriendo ocultar esta negra verdad, y disculpar a los ojos del mundo el crimen de los verdaderos culpables del hambre generalizada del continente, los neomaltusianos tratan de atribuir el hecho a una especie de mezquindad de la naturaleza: la pobreza de los suelos tropicales que constituyen la mayor parte de las tierras del continente y su incapacidad natural para alimentar una población que aumenta en casi cuatro millones al año. Nada más lejos de la verdad, nada más falto de base científica que estas especulaciones maltusianas.

La América Latina está lejos de tener una población excesiva que sature las posibilidades de ocupación de su suelo. Representando el 16% de las tierras habitables del planeta, contiene solamente el 6% de la población mundial; su densidad demográfica relativa de sólo 8 habitantes por km², es de las más bajas del mundo, en comparación con la densidad de 54 habitantes del Asia y la de 82 de Europa. Trátase, por lo tanto, en conjunto, de un área subpoblada y no de superpoblación relativa.

Por otro lado, su suelo es cultivado en el 6% de su extensión, quedando enormes reservas naturales inexploradas. Y aun en la parte cultivable, la tierra, por regla general, es explotada a través de métodos agrícolas muy primitivos, de rendimiento insignificante. Tierra, por lo tanto, no falta para saciar el hambre de los latinoamericanos. No es nuestra naturaleza quien se muestra mezquina.

Mezquino ha sido el hombre, o mejor, ciertos grupos humanos, que se apoderaron mezquinamente de estas tierras para explotarlas abusivamente de acuerdo con su exclusivo interés de grupos, sin darse cuenta ni respetar el hecho de que la propiedad tiene una función social que cumplir, y que la función principal de la tierra es exactamente la de alimentar a los grupos humanos que en ella viven y trabajan.

El hambre en América se instaló como una consecuencia de la explotación de tipo colonial de sus tierras, del régimen de latifundio y de monocultivo, que llegaron aquí a los límites máximos de exageración para servir exclusivamente a los insaciables apetitos mercantiles de las metrópolis colonizadoras, deseosas de obtener por precios ínfimos los productos de base y las materias primas indispensables a su industrialismo próspero. Se expandió de esta forma, en los países latinoamericanos, una agricultura extensiva de productos de exportación, en lugar de una agricultura intensiva de subsistencia capaz de matar el hambre del pueblo. Cada área o cada país se dedicó a una especialización nociva que subvirtió por completo el equilibrio ecológico de sus cuadros naturales y agravó mucho la carencia y la penuria alimenticia de cada región. Al colonialismo político siguió la presión del capital colonizador extranjero, instrumento de acción del neocolonialismo económico, disfrazado pero no menos nocivo.

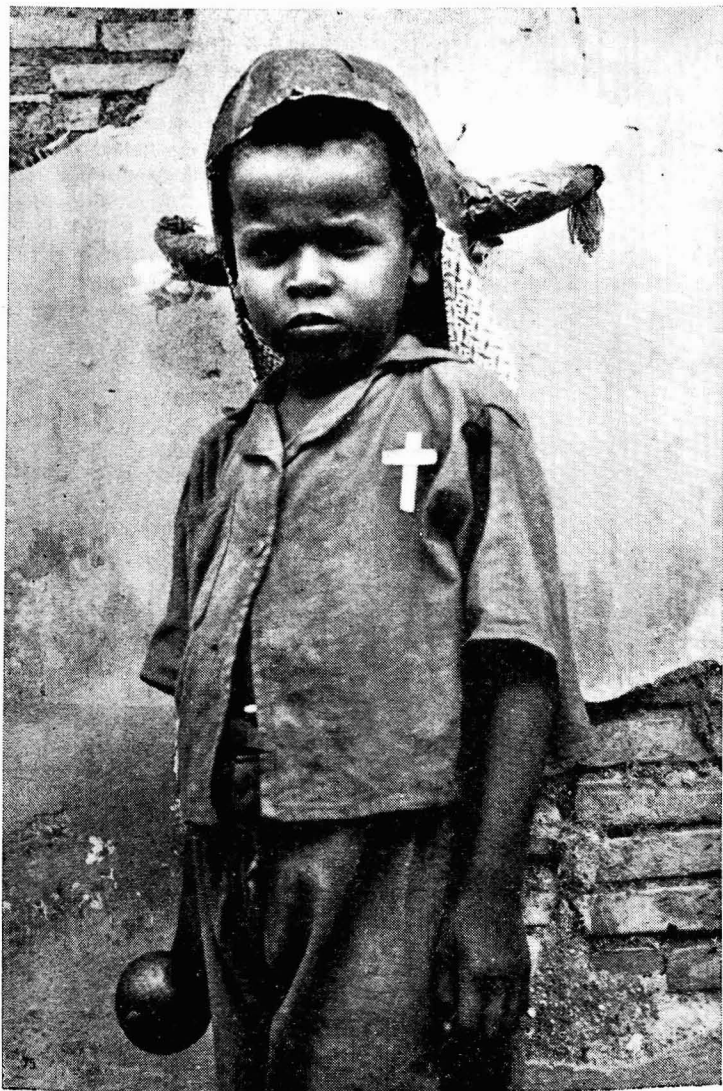
Así, Cuba pasó a producir casi solamente azúcar, y el Brasil y Colombia casi sólo café. América Central logró el predominio de la producción de plátano, Bolivia el monopolio del estaño y Vene-

zuela el *trust* del petróleo, para citar tan sólo los ejemplos más significativos. Así se extendieron en tierras de América ciclos económicos más destructivos que productivos o, por lo menos, desequilibrantes de la salud económica de la nación: el ciclo de la minería, el ciclo de la caña de azúcar, el del cultivo nómada del café, el de la extracción del caucho amazónico, el del petróleo, el del guano, el del salitre y varios otros. Ciclos éstos que revelaban siempre el mismo espíritu de aventura mercantil, pretendiendo impulsar al principio el desarrollo, para luego corromper los procesos de creación de riqueza en esos países. Orientada al principio por los colonos europeos, por los propietarios de los grandes feudos agrarios y sus herederos, y posteriormente por los detentadores del capital colonizador extranjero, toda la economía de América Latina fue violentamente arrastrada por el interés de los grandes monopolios internacionales. Y los gobiernos de esos países se mostraban, por lo general, incapaces de impedir esta voraz interferencia de los monopolios extranjeros, interesados en exprimir el limón hasta la última gota, dejando las tierras coloniales reducidas a una extrema miseria. Esta persistencia de los gobiernos en trabajar contra los intereses nacionales se explica porque esos gobiernos casi nunca fueron representantes auténticos del pueblo, sino simples agentes de los pequeños grupos de las oligarquías dominantes, beneficiadas por la explotación inhumana de las masas desheredadas, marginales y famélicas. Adversarias, por lo tanto, de las aspiraciones de mejoría de las condiciones de vida de esos pueblos. Ésta fue siempre la táctica de acción

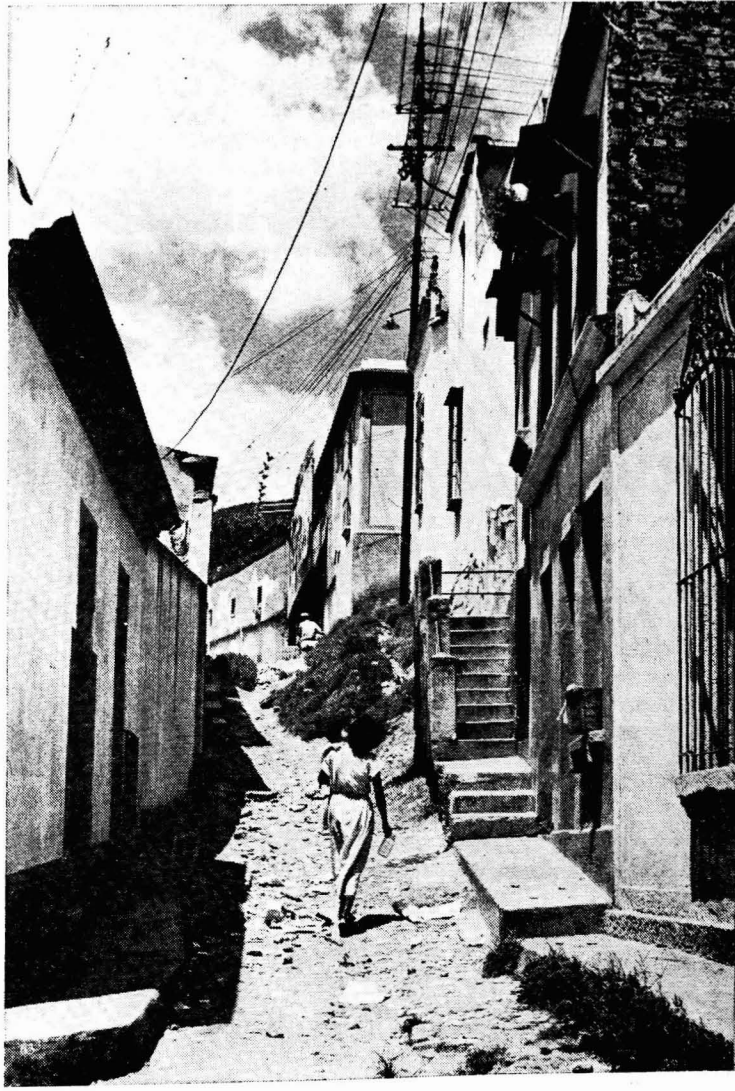
política de los monopolios extranjeros: asociar a sus oscuros y pingües negocios una pequeña élite influyente, privilegiada, que pasaba luego a luchar violentamente, en defensa de esos monopolios, por el mantenimiento del *status quo*, y a manifestar una sagrada aversión por cualquier forma de verdadero desarrollo económico emancipador.

Así fue conservada en los países de América una estructura agraria arcaica de tipo feudal, que constituye el principal factor determinante del estado de hambre en el continente y del retraso en el progreso social de estos pueblos. Es el caso de quienes se lanzaron con todo ímpetu a la renovación de su economía, a través de la industrialización intensiva, como es el caso del Brasil, que hasta ahora no ha conseguido emanciparse de las fuerzas de coersión y de contención propias de esas estructuras agrarias retrógradas, caracterizadas por el complejo social del latifundio con todo su cortejo de miserias sociales. La contradicción que se establece en estos casos da a la *facies* cultural de esos pueblos una dualidad estructural evidente, con la extraña superposición de una economía industrial, a veces de vanguardia, y una economía agraria precapitalista, de supervivencia medieval. El arcaísmo de la estructura agraria es prácticamente un mal de todo el continente. Por todas partes encontramos, hasta hoy, la inadecuación del régimen de propiedad para el ejercicio de sus funciones sociales: encontramos imperantes el latifundio y el minifundio, ambos antieconómicos y antisociales.

Por las estadísticas conocidas se llegó a la evaluación de que cerca del 8% del número total de propiedades abar-



"matar el hambre del pueblo"



"el estilo de vida de cada pueblo"

can el 75% del total de las tierras cultivadas en la América Latina. Muchas de esas propiedades son verdaderos Estados, de desmedida extensión territorial, sobrepasando muchos de ellos la superficie de más de 100 mil hectáreas. Al lado de esta tendencia al latifundio, hermano siamés del atraso tecnológico y de la improductividad, encontramos la pulverización de las propiedades, en la polvareda de los minifundios, que representan más de la cuarta parte de los establecimientos agrícolas en la América Latina.

Es, sin duda, la inadecuación de sus estructuras agrarias el factor esencial de la mala utilización de los recursos naturales, de la baja productividad agrícola y de la subocupación del hombre del campo. En una palabra: el hambre en su extensión continental. Lo aberrante no es sólo la distribución de las propiedades, sino también los tipos de relación de trabajo, que son de índole feudal, perdurando hasta hoy los sistemas de mediación, de aparcería, del pago del salario en comidas y de otras supervivencias de los tiempos de la servidumbre medieval.

Pero no fue solamente mediante el feudalismo agrario, monocultor, latifundario, que el imperialismo económico mantuvo un estado de hambre en la América Latina. Fue también explotando al máximo el esfuerzo productor de su agricultura de exportación, fijando precios siempre miserables para sus materias primas agrícolas y sus productos de base. Manipulando el mercado internacional de esos productos y provocando su constante inestabilidad, que tan terribles consecuencias provocan a la economía de estos países, que dependen casi exclusivamente de estos productos para la obtención de las divisas necesarias a su equipamiento técnico, lo que equivale a decir a su emancipación a través de la industrialización. La vulnerabilidad de estos países frente a la falta de estabilidad de los precios de sus productos de base es tanto mayor cuanto, por regla general, cada uno de ellos limita toda su oferta comercial a uno o dos productos, cuando mucho. Es de esta forma que el petróleo representa el 94% de las exportaciones de Venezuela, el azúcar el 80% de las de Cuba, el café y el sisal el 84% de las de Haití, el estaño el 63% de las de Bolivia, y así el resto.

Los beneficiarios del hambre latinoamericana

Para agravar el desequilibrio económico que mantiene a estos países en el marasmo, funciona la caída proporcional de los precios de estos productos en comparación con los precios de los productos industrializados que ellos necesitan importar. Aun produciendo y exportando hoy un volumen bruto de materias primas más considerable, América Latina recibe un menor volumen de dólares de los que recibía en otro tiempo, haciéndose prácticamente insolvente su balanza de pagos. Tenemos un buen ejemplo en el caso concreto del café brasileño. En 1959 exportaba el Brasil dos millones de sacos de café más que diez años antes, en 1949; no obstante, recibía por el total de la exportación de este producto cien millones de dólares menos de lo que había recibido en 1949.

Se ve, pues, que el problema del hambre en la América Latina no es tan sólo el resultado de su escasa producción de alimentos. Es un problema de economía,

mucho más complejo. Puesto que no adelanta nada aumentar los niveles de producción frente a la falta de poder adquisitivo de sus pueblos. El hambre es más bien un problema de productividad. De la ridícula productividad de una enorme masa de población que hasta hoy continúa viviendo en un sistema económico precapitalista, casi fuera del ciclo de los trueques monetarios.

Se ha difundido, y con razón, por toda América Latina, la conciencia de que sólo podremos emanciparnos del hambre prevaleciente a través de una industrialización intensiva de estos países de economía dependiente. La idea del *desarrollo* se ha revestido así de la categoría de *idea-fuerza*, capaz de movilizar la voluntad de estos pueblos esclavizados por el colonialismo económico. Desgraciadamente, muchos de los esfuerzos en este sentido han sido frustrados en sus objetivos. No siempre la industrialización conduce a una mejoría de los niveles de vida, principalmente en lo que respecta a la satisfacción de las necesidades alimenticias. En ciertos sectores limitados, y sin el respaldo de la expansión agrícola paralela, la industrialización agrava, a veces, la situación de penuria alimenticia de esos países.

Conclúyese de esta rápida enumeración de los factores que interfieren en el mantenimiento del hambre de nuestro continente, que ellos son esencialmente de naturaleza económica, y aun reflejando el estilo de vida de cada pueblo, son el resultado de las presiones de las fuerzas económicas internacionales, las cuales, bajo la inspiración y el signo del neocolonialismo, impulsan y mantienen el hambre en todos los continentes.

Son innumerables los efectos del hambre sobre los grupos humanos que habitan la América Latina. Desde los efectos puramente biológicos, de degradación somática, que imponen estaturas, complejiones y biotipos vitales que están bien apartados de los niveles ideales, hasta los efectos psicofisiológicos, que producen la fatiga, la apatía, el conformismo, y la incapacidad creadora de innumerables grupos raciales económicamente hambrientos. Al hambre están, ciertamente, ligados extraños fenómenos sociales de la América Latina, como el bandolerismo, el mesianismo y la inestabilidad política. Pero esto nos llevaría muy lejos, además, de los límites que nos impone un simple ensayo interpretativo de la materia.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho muestra ampliamente cuán tremendamente elevado es el costo social que pagan los pueblos latinoamericanos por el desastroso fenómeno del hambre colectiva. Cómo el hambre interfiere de manera negativa en los procesos de evolución social de este continente y cuán urgente e indispensable es realizar un esfuerzo sobrehumano para barrer el hambre de los cuadros de vida de esos países.

Para este combate no existe un remedio específico capaz de funcionar como una panacea espectacular. No hay un específico para el hambre. Lo que existe son catalizadores capaces de acelerar las reacciones sociales, conduciendo el organismo nacional a la depuración de este residuo sobreviviente del feudalismo y la servidumbre.

La lucha contra el hambre es una lucha contra la opresión económica y contra el subdesarrollo. Lucha que debe ser emprendida sin perder de vista el objetivo principal de la expansión económi-

ca, que es la elevación de los niveles del bienestar social de las colectividades.

La conducta política de los países latinoamericanos para vencer esta etapa de emancipación del hambre debe ser la de dar prioridad a un cierto número de problemas de política exterior y de política interna, sobre los cuales se asienta este estado de cosas actual y de los cuales dependen todas sus posibilidades de hacer independientes sus economías.

¿Qué podemos hacer?

En el campo de la política exterior, los aspectos más importantes son, sin duda, la defensa económica de sus productos de exportación y la reglamentación de las remesas al exterior de las ganancias de los capitales extranjeros invertidos en los países de la región.

La falta de orientación política de estos países, frente a las presiones de las grandes potencias, ha provocado la deterioración progresiva de los precios de sus productos de base y de sus materias primas, cuyo poder adquisitivo en relación con los productos industrializados bajó desde los comienzos de este siglo en cerca de un 50%, lo que equivale a decir que, por la misma exportación, hoy importamos solamente la mitad de las mercancías que podíamos importar en el siglo pasado.

Es ésta la vía principal a través de la cual se ejerce la acción colonialista del capital monopolista internacional, manteniendo a los países proveedores de materia prima en su economía primaria, incapaces de poder industrializarlas *in loco* y libertarse de esta manera del colonialismo. No sin razón, el sociólogo francés André Philip afirma que en lugar de ayudar a los países subdesarrollados, sería preferible que las grandes potencias cesaran en su pillaje, el verdadero asalto que siempre han emprendido contra sus materias primas, de las cuales estos países dependen para vivir y desarrollarse. Tendremos que imponer el respeto por nuestra economía, si realmente deseamos emanciparnos.

La paridad y la estabilización de los precios de los productos de base se constituyen, así, en los objetivos esenciales de los planes de auténtico desarrollo de la América Latina. Porque sólo así será posible la industrialización de estos países y el suministro a su agricultura de las máquinas y los implementos necesarios para su modernización. Mientras los precios de los productos agrícolas de exportación continúen congelados o menguando progresivamente, la agricultura de sustentación se hará en condiciones de indigencia, con una productividad ridícula y con un costo de producción casi inaccesible al poder adquisitivo de estos pueblos; de ahí el hambre, como una consecuencia natural de este tipo de organización económica.

¿Cómo importar los fertilizantes, los insecticidas, las máquinas agrícolas indispensables, cómo construir las necesarias cadenas de silos y almacenes, y, con más razón, cómo producir industrialmente estas cosas necesarias al progreso de la agricultura, si las divisas son cada vez más escasas en estos países, en vista de la circunstancia siempre desfavorable para sus productos de exportación en el mercado internacional? Sólo luchando con tenacidad por esta victoria necesaria contra el colonialismo económico de los grandes *trusts* internacionales, que no de-



"Venezuela, el trust del petróleo"

ben continuar manteniendo sus escandalosos márgenes de ganancias a costa del hambre de los pueblos subdesarrollados.

Otro punto a tratar es la necesidad de que los países latinoamericanos busquen, a través de una legislación adecuada, reglamentar las remesas de las ganancias de las compañías extranjeras que operan en sus territorios, y que generalmente representan una sangría constante de sus escasas reservas de divisas.

En lo que respecta a la política interna lo primero es resolver el problema de la estructura agraria que, en la mayor parte de estos países, representa la más resistente armadura del conservadurismo retrógrado contra los cambios de la situación vigente.

Las reformas agrarias deberán obedecer a un riguroso criterio técnico y económico. No pueden ser simples expedientes de expropiación y redistribución de las tierras tratándose de corregir la injusticia social de la existencia de millones de "sintierra", de las masas de campesinos explotados por los grandes propietarios agrícolas. Este sería un proceso simplista, incapaz de resolver por sí solo el drama de la economía agraria. Pero, si la redistribución de la tierra no avanza, también quedará enteramente improductivo todo tipo de política que pretenda cambiar la situación rural sin tocar el problema de las estructuras agrarias. Esto es lo que se llama política de falsas reformas, preconizando solamente programas asistenciales, de educación y de salud, bajo el argumento de que estos cambios acabarán por quebrar las resis-

tencias del conservadurismo más extremado. Falsa premisa, puesto que los aspectos educacionales y sociales más sobresalientes —el analfabetismo, la miseria, la falta de higiene, las endemias prevalecientes— son todos subproductos del complejo agrario del latifundismo y permanecerán inamovibles mientras no sea desmontado este complejo.

Lo que la América Latina está exigiendo son reformas auténticas, que signifiquen un proceso de revisión de todos los tipos de relaciones jurídicas entre los que detentan la propiedad agrícola y los que trabajan en las actividades rurales. Verdaderos códigos agrarios, capaces de conducir la propiedad a su plena función social, aumentando su rendimiento y distribuyendo los beneficios obtenidos a toda la colectividad. El conjunto de las leyes englobadas en esos códigos debe regular inúmeros problemas, tales como el de la expropiación de las tierras, los arrendamientos rurales, el de los contratos de trabajo y varios otros aspectos complementarios de la tenencia de la tierra.

No se puede establecer un tipo ideal de esas reformas para todos los países latinoamericanos, porque depende su adecuación, en cada caso, de múltiples factores locales de orden natural y de orden social. Cada país debe realizar, por cierto, su propio tipo de reforma, tomando en cuenta su realidad político-social y el acervo de experiencia en los errores y en los aciertos de reformas llevadas a cabo en otros países del mundo.

Con las reformas estructurales, los países subdesarrollados deberán promover

también una política de operante incentivo para la producción agrícola, de la cual no debe quedar ausente la política de precios de los productos de subsistencia y de consumo interno, y una política de subsidio de ciertos productos indispensables para la utilización intensiva de la tierra, pero que no son, generalmente, usados en las regiones menos desarrolladas. La política de garantía y de estabilización de precios constituye un arma poderosa de promoción agrícola, atrayendo capitales que sin esta seguridad huirían ciertamente de la empresa agrícola, expuesta a los azares y riesgos de una verdadera aventura mercantil.

Subsidiar productos como fertilizantes, insecticidas, semillas, etcétera, constituye una forma de garantizar la plena utilización de la tierra y su rendimiento compensador. Triste demostración de la casi ausencia del empleo de estos productos en la agricultura latinoamericana, la ofrece René Dumont, hablando de Chile, país productor de nitratos. Mientras este país vende al exterior 15 millones de toneladas de este fertilizante, consume en el país 70 mil toneladas a un precio correspondiente al doble del precio de exportación. Pero como su agricultura es de bajo rendimiento, el país se ve forzado a consumir una buena parte de sus reservas monetarias en la importación de cereales, carne, mantequilla y otros productos de alimentación.

Urge también una revisión de la política de tributación de la tierra, que, por lo general, se hace a través del volumen de su producción, estimulando de este

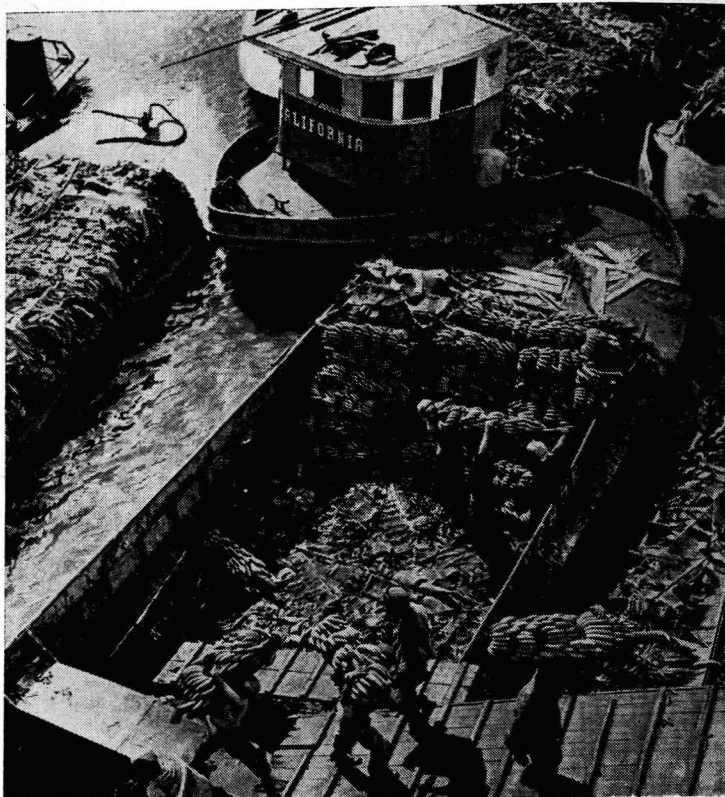
modo la improductividad, que es una forma de inversión de capital especulativo que juega con la inflación. La tributación deberá por lo contrario hacerse sobre la base de la capacidad potencial de producción de la tierra, lo que obligará a su propietario a preocuparse con su rendimiento efectivo.

El crédito agrícola, principalmente, en su forma específica de crédito supervisado, y el apoyo estatal a la organización de cooperativas u otras asociaciones comunitarias, pueden desempeñar un papel importante en la lucha contra el hambre en nuestro continente.

La diversificación racional de nuestros cultivos, la utilización de la tierra en función de su destino natural, la mejora de las semillas y de los métodos de conservación de los suelos, son otros elementos que también deben participar de la tesis de una política de estímulo y de amparo a la agricultura latinoamericana.

Es evidente que muchas de estas iniciativas y medidas ya se están adoptando, con mayor o menor éxito en varios países del continente. Otros pusieron su imaginación en crear otras formas de ampliación de sus producciones agrícolas.

México, Bolivia, Guatemala, Venezuela y más recientemente Cuba, emprendieron reformas agrarias de mayor envergadura, pero no alcanzaron aún los objetivos deseados, por motivos de varia especie. Queda mucho por revisar, por formular y por emprender. Principalmente, hay que incluir en la circunstancia económica el cuadro de la agricultura al lado de la industria. Y esto porque sólo con la industrialización racional será posible elevar los niveles de productividad de estos países de manera de liberarlos del flagelo del hambre. Todos saben que los niveles de productividad



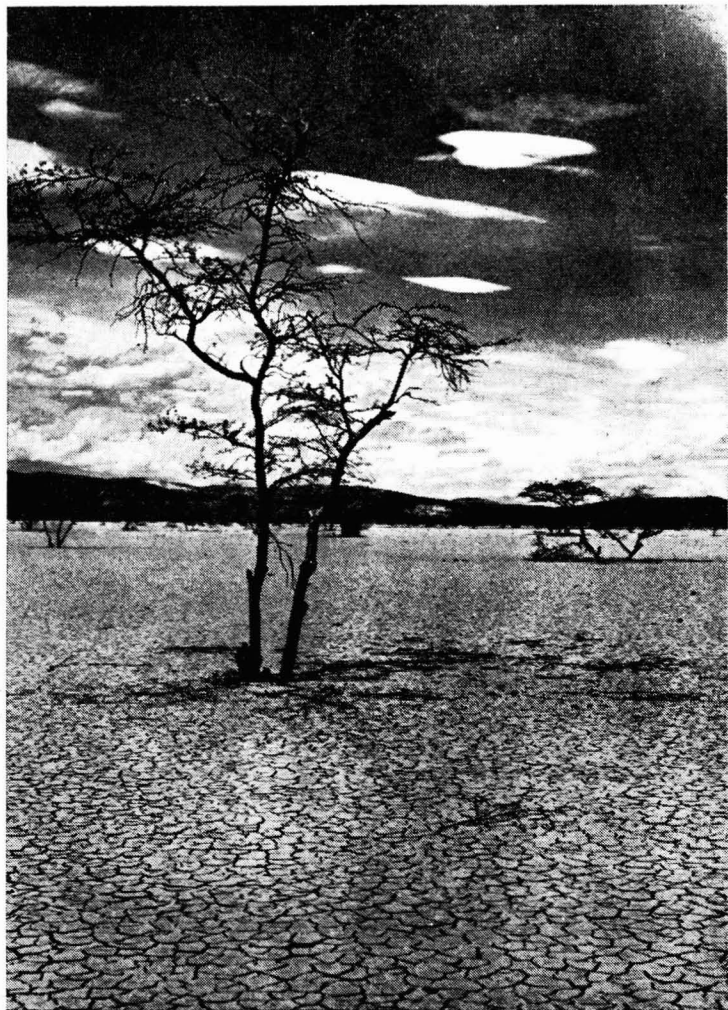
"política de garantía y de estabilización de precios"

agrícola dependen, en gran parte, de la expansión del sector industrial que debe suministrar a la agricultura los bienes de capital necesario para su plena realización económica. El desarrollo industrial debe hacerse, pues, paralelamente a la expansión del sector agrícola, so pena de acentuar la dualidad social, aumentar la distancia que separa a los dos sectores económicos y gravar la situación alimenticia de esos pueblos. No basta cuidar la industrialización, bajo la premisa de que ella constituye una panacea capaz de re-

solver todos los problemas del subdesarrollo, inclusive el retraso de la agricultura actual. Esto está muy lejos de la verdad. La industrialización es un ingrediente indispensable para las reformas de la economía agraria, pero no es suficiente para provocar esas reformas. Y sin reformas agrarias adecuadas, en la mayor parte de los países latinoamericanos, se desmoronan todas las buenas intenciones de industrializarlos verdaderamente. Pronto su agricultura rutinaria y primitiva pasa a representar un factor de contención del propio desarrollo industrial, a través de los altos costos de producción de sus materias primas, a través de la escasez de alimentos, imponiendo el alza constante de los salarios y matando el mercado potencial que representan las poblaciones rurales para los productos de la industria naciente.

En el criterio de la prioridad de las inversiones reside, pues, buena parte del posible éxito de los planes de desarrollo capaz de promover el verdadero progreso social y, por consecuencia, la liberación del hambre y de la miseria. Somos de los que juzgan esencial la promoción del desarrollo industrial, sin sacrificar exageradamente las inversiones en el sector agrario. Éste es el dilema que deben enfrentar los países latinoamericanos: el dilema del pan o del acero. O sea, el de concentrar sus escasos recursos en inversiones industriales o gastarlos en la obtención de bienes de consumo para matar el hambre de sus poblaciones. Pienso que la solución está en atender simultáneamente al pan y al acero, en proporciones que deban variar de un país a otro de acuerdo con el nivel socioeconómico y con sus disponibilidades financieras.

Sólo así será posible quebrar el círculo vicioso del hambre, del desempleo y la improductividad que son el atributo de la porción latinoamericana de este continente, henchida de riquezas naturales incalculables, pero hasta hoy sujeta a la influencia negativa de la explotación económica de tipo colonial.



"la penuria alimenticia de cada región"